

Ideas y personajes

de la educación latinoamericana y Universal



CULTURA Y SOSIEGO

MARIANO PICÓN SALAS

ESCRITOR MERIDEÑO

E Personaje

En la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Columbia conocí hace algunos años un grupo de estudiantes que se habían especializado en métodos de lectura rápida, en un curioso entrenamiento para devorar páginas y páginas mientras el común de los mortales apenas lograba en el mismo tiempo pasear la mirada por escaso número de líneas. Se trataba de otro «récord» más, en esta espantosa edad de los «récords», como el que baila durante una semana sin dormir o aquellos gastrónomos de concurso que apuestan a comerse la copiosa lista de veinte o más platos de un restaurant. Los veloces lectores de semejante conjunto pedagógico, fundamentaban de este modo su precipitación para tragar páginas:

Si la lectura –decían– es el primer medio instrumental para adquirir conocimientos, lo sensato en esta época en que se hinchan las ciencias y gravita tan abrumadora bibliografía sobre cada materia, es informarse con velocidad, absorber lo indispensable prescindiendo de lo accesorio. Con una concepción puramente informativa de la Cultura tan apresurados pedagogos

pensaban que en un libro sólo pueden guardarse noticias como alimentos en el refrigerador, y olvidaban que el encanto de una buena lectura no consiste únicamente en la fórmula de conocimiento teórico que pueda ofrecernos, sino también en otros valores espirituales más complejos. A veces en los libros que señalaron una fecha o una orientación en la historia del pensamiento humano, importan no sólo las teorías sino los caminos de reflexión y perplejidad que condujeron al filósofo o al pensador a formularlas. Lessing decía que para el hombre es casi más grato la búsqueda de la verdad que la obtención de la verdad misma. Y lo que da mérito eterno, intemporal y clásico a libros como el *Discurso del método* o el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, ya no consiste tanto en la vigencia de sus sistemas como en el combate interior, el drama espiritual que los autores vivieron antes de resolver sus enigmas. El buen leer consiste, así, no sólo en informarse y devorar conocimientos como el heredero pródigo que se sienta a hartarse de su herencia, sino en revivir y repensar, enriquecer de nuestro trabajo y reflexión, la problemática que guarda toda obra maestra. Acaso las grandes obras sean los mejores caminos que conducen al descubrimiento de nuestro propio espíritu. Por ello es necesario el ocio, la ausencia de prisa, la

entrega total a lo que se estudia, sin lo que el alto trabajo de la Cultura sería tan sórdido como una faena de esclavos. Por eso en los programas de Educación me parecen tan inútiles y deleznable aquellos en que se dan al estudiante fórmulas hechas, juicios repetidos en todos los Manuales, capaces de adornar vanamente la cabeza de los pedantes y los retóricos, pero que no formarán nunca un investigador ni un hombre original. Lo que se presenta como mera información, como ajeno y externo al hombre mismo, como puro adorno y dato muerto para el espíritu, es lo que tiene menos validez en un proceso educativo. Es como si enseñáramos Literatura contando el argumento del «Quijote» sin leer a Cervantes. ¿No es esa la Educación usual en la mayoría de los países hispanoamericanos? ¡De cuántas vanas noticias, fraseología y simplificaciones están poblados nuestros programas de enseñanza!

El bueno y sosegado leer del que no está cumpliendo ningún «récord» de páginas, de quien se complace en el secreto de una línea o una palabra, es uno de los más gratuitos goces de la Cultura. Es el tipo de Educación que acepta todos los elementos de alto deleite que necesita la vida humana y que ya se bosquejaba de manera ejemplar en los diálogos platónicos. Aun aquellos a quienes el oficio obliga a un tipo de lectura que pudiéramos llamar «instrumental» –leer porque deben escribir un artículo o dictar una conferencia sobre determinada materia– nada es tan plácido como ésta como escapatoria a un libro en que ya no buscamos información, sino fresca y liberada aventura de nuestra fantasía. El poder del gran arte literario es precisamente hechizar el espíritu sin ninguna obligada promesa de utilidad; darnos lo que no se necesita en la estrecha vida de los negocios, de la profesión, del empleo.

En una librería de lance de la ciudad de México doy de bruces con un viejo y deseado libro en que no busco enseñanza alguna sino simple deleite y aireada divagación del espíritu. Se trata de la edición portuguesa en que se recogió un manojito de las cartas privadas que el gran Eça de Queiroz escribía a sus amigos. Los jóvenes que hasta en Literatura buscan las modas preguntarán para qué se lee a Queiroz cuando se puede leer a Huxley, a Sartre, a Kafka, a Elliot, mitos y dioses de una angustia o una estética más reciente. Pero es necesario leer a los autores que murieron hace más de cincuenta años para descubrir la sencilla verdad de que el mundo no comienza con nosotros y que muchos de los que llamamos pedantemente los «problemas contemporáneos», son cuestiones de siempre. Estas cartas de Queiroz acaso tienen más espontáneo y humano interés porque no las aderezó para la publicidad ni las hizo pensando en una

futura edición de obras completas. Están escritas, sí, con toda la gracia y dignidad que el gran artista sabía poner en cuanto tocaba su pluma. Integran un testimonio curiosísimo de la mejor cortesía del siglo XIX cuando aún había tiempo para narrar a los amigos en espaciada y deleitosa confidencia, todo lo que impresionó nuestra sensibilidad en un viaje, en un libro, una ciudad y un museo. ¡Y qué de ejemplos para los lectores y los escritores precipitados de hoy, los que no maduran lo que captan ni lo que dicen, encontramos aún en estos párrafos de prosa confidencial y casera del gran novelista! Desde el destino que le parecía mediocre de ser ciudadano de un país de escasa figuración en el mundo de entonces, perdido en funciones subalternas, acosado por menudas necesidades económicas para costear sus libros, sus viajes, sus objetos de arte y hasta las horas de ocio y descanso que requiere todo creador, aspira por el esfuerzo y la maestría de su oficio a superar todo provincialismo, toda pequeña pasión parroquial y ser como los mejores espíritus de su tiempo.

Esta ética profesional tan opuesta a la precipitación y la chabacanería con que frecuentemente se escuda el hombre moderno, consiste, sobre todo, en tratar de hacer las cosas bien, con una especie de aseo y esmero interior que corresponda al aseo físico en las relaciones humanas. Escribiendo una carta de simples y afables noticias a uno de sus amigos, formula Queiroz esta teoría de su apetencia de perfección: «Mi mal es el amor de la perfección, este absurdo afán de querer hacer las cosas más ordinarias siempre del modo más completo y brillante. Si se trata de estornudar, me preparo para que el estornudo sea suave y musical aunque la cosa termine en muecas, suciedad y estruendo. Si se trata de mandar a un diario la sencilla noticia de que un amigo llegó, cincelo y repulo. Si se trata de escribir seis líneas a un viejo Bernardo espero hasta tener el tiempo de escribir una carta muy llena, muy completa, muy divertida, muy amiga». Porque en nombre de las cosas exteriores, de los negocios, de una falsa rapidez y una falsa eficiencia mecánica, de todo lo que llamamos vagamente la «Civilización» el hombre moderno pretende que le disculpemos su atropellamiento y carencia de formas, Queiroz insiste en que «la civilización no es tener una máquina para todo y un millar para cada cosa: la civilización es un sentimiento y no es una construcción». A otro, que acaso pretende que Queiroz sea más serio, de acuerdo con los cánones burgueses porque destina más tiempo a escribir sus novelas que a visitar políticos influyentes, le dice con toda la dignidad de su oficio que «contar historias es una de las más bellas ocupaciones humanas y la Grecia lo comprendió así divinizando a Homero, que no era más

que un sublime narrador de cuentos de niños. Todas las otras ocupaciones tienden, más o menos, a explotar al hombre: sólo esa de contar historias se dedica a entretenerle, lo que tantas veces equivale a consolarlo».

Calma, gracia, perfección, porque son virtudes que se están perdiendo en el estrépito de nuestros días, debemos reaprenderlas en el ejemplo de los grandes maestros. Con la calma necesaria para leer, pensar y decidir, con la cortesía y las formas que son para la pulcritud del espíritu lo mismo que el baño diario y el uso del jabón para el cuerpo, acaso no se modifique radicalmente la humanidad, pero se habrá hecho más diáfano, al menos, el trato y la comprensión de los hombres. A medida que nuestros contemporáneos disponen de mejores bañeras y servicios de agua caliente para su cotidiano aseo, se abandona más esta limpieza del espíritu. Si todos no podemos ser héroes –anota por ahí Queiroz en otra carta– debemos aspirar, siquiera, a ser educados y reflexivos. «Ordre, calme, volupté», decía Baudelaire formulando un ambicioso programa estético.

